

La Misericordia en nuestras comunidades: Profecía (obediencia y verdad), proximidad y esperanza

Creados para ser engendrados

El tema de vuestro Capítulo nos impulsa a que busquemos juntos un fruto del año jubilar de la misericordia que sea fruto de vida para nuestras comunidades. La Misericordia de Dios contemplada, celebrada, mendigada, acogida a través de la maternidad de la Iglesia, no debe convertirse en un recuerdo, una nostalgia, sino en una semilla de vida nueva para cada uno de nosotros y para las comunidades. Dios nos ama con misericordia con el fin de que vivamos. El padre de la parábola del hijo pródigo repite a todos el motivo de su alegría desbordante: “Este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido recobrado” (Lc 15, 24; 15,32).

El padre exulta y grita esta resurrección del hijo como si fuese algo que el hijo, volviendo a casa, le hubiese traído. Pero en realidad es su misericordia la que resucita al hijo, la que lo resucita como hijo. De hecho, el hijo había vuelto para ser como uno de los asalariados del padre. Volvía para *sobrevivir*, para tener de qué comer, para no morir de hambre. No volvía para estar vivo como hijo, no volvía para resucitar como hijo. Pensaba que podía contentarse con sobrevivir, con una vida a medias.

Pero el padre lo sorprende. El padre misericordioso sorprende a todos. Al padre no le basta con un hijo medio muerto, o medio vivo: lo quiere totalmente vivo, lo quiere hijo totalmente. No habría esperado todo el tiempo con ansia y dolor solo para tener un trabajador más. Trabajadores tenía bastantes: su corazón deseaba tener hijos, deseaba engendrar hijos. Su amor desea ser fecundo en hijos, desea transmitir la vida, su vida, y no solo sus bienes, el trabajo, la vida física que se sustenta con el alimento.

Esto nos hace comprender que en la Misericordia, Dios pone en juego su fecundidad, es decir, su paternidad. Dios no es solo un Dios creador que pone en marcha la máquina del mundo para que funcione. Dios es Padre que crea para engendrar, para ser Padre de sus criaturas, como lo es del Hijo Unigénito. Y el ser humano es la culminación de esta creación y, en consecuencia, de esta intención profunda, eterna, del corazón de Dios.

Medio vivos o medio muertos

El problema es, entonces, que nosotros, o los miembros de nuestras comunidades, a menudo nos contentamos con sobrevivir, en lugar de acoger la vida total que nos da el Padre, la vida eterna que Él nos da en la comunión con el Hijo en el Espíritu Santo.

Decía que el hijo menor se habría contentado con vivir a la mitad, como asalariado del padre, como alguien que al menos tiene de comer para no morir de hambre. Pero el hijo mayor tampoco vive con plenitud su vida de hijo. Echa en cara al padre que no le de un cabrito para celebrar una fiesta con los amigos. Significa que se contentaría con esto, que para él la vida y la alegría se limitarían a esto: celebrar una fiesta de vez en cuando con los amigos, comiendo un buen cabrito. Pienso en todos aquellos que hoy viven para algo limitado: para el trabajo, para el tiempo libre, para el deporte, para Internet, para la salud, para el bienestar de la propia familia... Todo ellos se contentan con sobrevivir y ni siquiera imaginan que Dios desea darles una vida plenamente viva, una vida entera, más bien eterna, como hijos e hijas suyos.

Dios, hoy más que nunca, es precisamente aquel mendigo descrito por San Benito en el Prólogo de su Regla que va a gritar entre "la muchedumbre del pueblo – *in multitudine populi*": "¿Hay un hombre que quiere la vida y desea ver días felices?" (RB 14-15, Sal 33,13).

Dios está sediento de darnos la vida, una vida llena de felicidad no solo en el Cielo, sino para vivirla aquí y ahora, en los días en que vivimos. Y es que a Dios parece costarle encontrar a alguien que quiera vivir verdaderamente y ser feliz. Un hijo vuelve porque tiene hambre, el otro se contentaría con un cabrito... ¡Qué desastre la familia humana! ¡Pobre Dios!

Pero, en lugar de deprimirse o enfadarse, Dios sigue siendo Padre, es decir misericordioso, y trabaja para convencernos de que de Él podemos conseguirlo todo, recibirlo todo. Más aún: que Él ya nos ha dado todo: "¡Todo lo que es mío es tuyo!" (Lc 15,31). Desde siempre, Dios comparte todo con nosotros. Al crearnos, Dios comparte con nosotros el ser, la vida, la capacidad de amar, de conocernos: todo. Somos imagen suya. Todo lo que es suyo es nuestro; todo lo que es Él, lo somos también nosotros, al menos como vocación, como destino.

Pero es como si nos conformásemos con vivir a medias y descuidásemos el ofrecimiento del Padre, que se ha hecho total en el Hijo muerto y resucitado por nosotros, de ser hijos de Dios, de vivir la vida divina.

En el Evangelio de hace dos domingos, el del Buen Samaritano, me ha impresionado la descripción del estado en el que se encuentra el hombre robado y malherido por los bandidos: "Se alejaron dejándolo medio muerto" (Lc 10,30). Las traducciones en las lenguas modernas reproducen literalmente el término griego *hemi-thanes*, medio muerto. Sin embargo en latín se traduce por *semivivo*, medio vivo. Es un poco la conocida cuestión de quien ve el vaso medio lleno o medio vacío, según su nivel de optimismo...

No obstante, lo que me ha impresionado es esta media vida que falta a este hombre y cómo el buen samaritano, teniendo misericordia de él, se ofrece él mismo, su tiempo, sus fuerzas, sus cuidados, su dinero, para ayudar a este hombre a volver a encontrar la plenitud de vida que ha perdido, que le ha sido quitada. La misericordia es la realidad divina, paterna, materna, que nos permite vivir en plenitud, y no solo como "medio muertos" o "medio vivos".

Sabemos que en la figura del buen samaritano Jesús se ha puesto en escena ante todo a sí mismo, su hacerse prójimo al hombre pecador, herido, privado de la plenitud de la vida por el Maligno y por el pecado propio. Jesús se ha hecho prójimo a toda criatura humana para conducirla a la vida entera, totalmente viva, para la cual ha sido creada. Y Jesús nos pide que aprendamos de él a hacernos, también nosotros, los unos para los otros, el prójimo que ayuda a vivir en plenitud, a no quedarnos medio muertos o medio vivos.

Esta dinámica la encontramos desde la creación de Adán. En los relatos de la creación de Adán y Eva estaba ya esta idea de una criatura que no está completa, que no está totalmente viva sin la intervención de alguien que la lleve a cumplimiento, que la engendre a la vida total para la cual ha sido creada.

Cuando Dios modela a Adán del polvo, el cuerpo no está totalmente vivo hasta que no le sopla en la nariz el aliento de vida (cf. Gén 2, 18-23). Pero el hombre tampoco se siente completo, verdaderamente vivo y feliz, sin la mujer (cf. Gen 2,18-23). Una y otra vez, Dios viene en socorro del hombre medio vivo para ofrecerle una plenitud de vida. También nosotros nos encontramos siempre dentro de esta situación. Estando solos no nos bastamos para vivir en plenitud; estando solos no estamos verdaderamente vivos. Me vuelven con frecuencia a la mente las palabras de la *Redemptor Hominis* de San Juan Pablo II: “El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo como un ser incomprendible, su vida está privada de sentido si no le viene revelado el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y no lo hace suyo, si no participa de él vivamente. Y precisamente por ello Cristo Redentor (...) revela plenamente al hombre a sí mismo. Esta es –si es lícito expresarse así– la dimensión humana del misterio de la Redención. En esta dimensión el hombre vuelve a encontrar la grandeza, la dignidad y el valor propios de su humanidad. En el misterio de la Redención, el hombre llega a ser nuevamente “expresado” y, de algún modo, es nuevamente creado” (RH,10).

Misericordiosos como el Padre

Participar de la Misericordia de Dios, llegar a ser “misericordiosos como el Padre” (Lc 6,36) implica, pues, hacerse cargo de la vida que falta a nuestro hermano, a nuestra hermana. Implica tener la preocupación –el ansia, diría Romano Guardini– por la plenitud de vida de nuestro prójimo. Somos misericordiosos como el Padre, como Cristo, si no pasamos por encima de la necesidad de vida de nuestros hermanos y hermanas, si nos hacemos cargo de lo que le falta al hermano para vivir en plenitud. Del mismo modo que Jesús invierte la pregunta del doctor de la ley: “¿Quién es mi prójimo?”, en una pregunta sobre sí mismo que se podría expresar así: “¿Soy yo prójimo de los demás?”, igualmente nuestra petición de misericordia, nuestra necesidad de misericordia, Jesús la traduce en necesidad de que nosotros seamos misericordiosos hacia los demás como Dios lo es con nosotros. Por otra parte, la parábola del samaritano hace coincidir el “ser prójimo” con “ser misericordioso”: “«¿Quién de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?». Él le

respondió: «El que practicó la misericordia [*eleos*] con él». Jesús le dijo: «Ve, y haz tú lo mismo»” (Lc 10,36-37).

Ser misericordioso coincide con ser prójimo del otro y ser prójimo del otro quiere decir ofrecerse uno mismo para que la vida del otro sea plena, y no solo una “media vida”.

Podremos y deberemos leer toda la Regla de San Benito, y comprender su carisma, precisamente como un acompañamiento misericordioso a vivir en plenitud. La Regla describe todo lo que un buen samaritano está llamado a ser y a hacer para ayudar al hombre medio muerto a recuperar la plenitud de vida que Dios nos quiere dar. Y todos, en la comunidad de San Benito, están llamados a participar en esta obra de misericordia que las engloba todas, que las contiene todas. Al principio de la Regla hay un Dios-Buen Samaritano que busca entre la multitud al hombre que desea la plenitud de vida que no tiene –“Si quieres tener la vida verdadera y eterna...” (Pról 17)–, y que propone un camino para llegar al final, guiados por Cristo, “todos juntos a la vida eterna” (RB 72,12).

Conscientes de no vivir de verdad

Fijémonos que san Benito no se contenta con ayudar al hombre herido o medio muerto, como si socorriese a un paciente pasivo, inconsciente. En efecto, en el Prólogo entra en diálogo con él, interroga a su libertad, a su deseo de vida. Es como cuando Jesús pregunta al paralítico, que era también un “medio vivo”: “¿Quieres curarte?” (Jn 5,6). San Benito no nos pide solo llegar a ser misericordiosos como el Padre: nos pide en primer lugar ser conscientes de nuestra miseria, del estado de “vida reducida” en el que nos encontramos y nos pregunta si deseamos de verdad vivir totalmente, si de verdad queremos que Cristo se haga cargo de nuestra miseria para cuidarnos, sanarnos, darnos la vida.

Este es un punto fundamental para poder entender en qué debe consistir la Misericordia en nuestras comunidades. Se nos pide ser conscientes de nuestra miseria, de nuestro estado de miseria, y que por esto tenemos necesidad de Cristo, necesitamos un superior y una comunidad, necesitamos los unos de los otros. Esta conciencia es la humildad que nos pide san Benito.

¿Cuándo estamos “medio muertos” o “medio vivos”? Cuando nuestra vida, nuestra miseria, nuestra soledad, no son confiadas al cuidado de Cristo, a Cristo que, como el samaritano, tiene compasión de nosotros y se hace cercano (cf. Lc 10,33-34). Solemos desear la compasión de Dios y de los demás, pero no les permitimos hacerse cercanos a nosotros, que cuiden de nosotros y de nuestra miseria. Muchos hermanos y hermanas en nuestras comunidades lloran por tierra porque son o se sienten víctimas de los demás, pero después no aceptan que el superior, la superiora, la comunidad, cuiden de verdad de ellos, que afronten con ellos sus malestares. No aceptan hacer un camino de curación, de cuidado, acompañados de los demás. Por otro lado, otros están “medio muertos”, pero se contentan con esta media vida, no desean ya nada, no esperan nada más. O están convencidos que su “media vida” es ya una plenitud. En el fondo, es un

problema de idolatría, cuando encontramos monjes y monjas que “adoran” su trabajo, su encargo, su autonomía, su perfección moral, o sus amistades particulares, y no desean nada más, es decir, no desean a Dios, el infinito, lo eterno que solamente es Dios.

A veces, el ídolo llega a ser también el cuidar de los demás, el hacer de buenos samaritanos de los otros. Se cuida de una hermana o de un hermano enfermo, anciano, lo cual está muy bien, pero con el tiempo toda la vida de este monje o monja se concentra solo sobre esto, día y noche. Todo lo demás se hace secundario: la oración, la vida en comunidad, incluso el cuidado de uno mismo, la propia salud. Y dado que nos sentimos buenos samaritanos, la justificación de esta idolatría es casi de “derecho divino”. A veces su servicio es verdaderamente necesario, pero raramente estos monjes y monjas “salvadores y redentores” aceptan que la comunidad les ayude, les sustituya, les dé la posibilidad de estar libres para la oración, para el descanso, para la vida fraterna.

También el samaritano necesita ayuda

Por esto, es consolador y digno de señalar que el buen samaritano del Evangelio tenga la libertad y la humildad de dejarse también él ayudar por el hotelero. Es señal de equilibrio y nos hace comprender que la misericordia que Dios quiere para nosotros no es una locura, es una caridad ordenada, que es consciente de que también nosotros somos frágiles y estamos necesitados de los demás, que también en nosotros hay una vida que aún no está llena y que solo confiándonos a los demás encontramos la plenitud.

Así pues, lo importante no son tanto las formas de los “primeros auxilios” que hace el samaritano, sino el modo en que este hombre introduce en su vida la necesidad del otro. El samaritano es muy preciso al asumir la necesidad del hombre herido: le limpia, desinfecta y calma las heridas, las venda, lo carga sobre su jumento, lo lleva al primer albergue que encuentra, y pasa la noche, ciertamente crítica para el pobrecito, velándolo y curándolo. Obedece a la realidad y al realismo de su necesidad.

Pero al día siguiente lo deja. Debe partir, continuar su viaje. Tiene una necesidad, una tarea que no puede dejar. No puede dejarse absorber completamente por la necesidad de aquel individuo. Hay necesidades familiares, profesionales, o de otro tipo, de las que es también responsable. Hay otras personas de las que debe estar cerca, de las que debe cuidar. Ciertamente, el hombre herido no necesita ya urgentemente de él como durante la noche. Y el samaritano entiende que no puede asegurar por sí solo el cuidado de su hermano, asumir su necesidad. Comprende que para resolver íntegramente las diferentes responsabilidades de su vida, necesita también él de ayuda, que no puede gestionar todo por sí solo. Pide ayuda al hotelero, le pide participar en su hacerse cercano al hombre herido. No se lo descarga huyendo: asume los gastos, volverá para verlo y, probablemente, lo acompañará a su casa. Pero no hace todo él.

Me conmueve la forma en que Jesús, de su descripción de la manera de moverse del buen samaritano, hace emanar un sentido de racionalidad, de orden, de organización, expresando así un significado justo de la necesidad, pero también de la respuesta a ésta. Es una caridad ordenada, pensada, bien medida, incluso en el uso del dinero: dos denarios, ni más ni menos y, si no bastan, lo remediará, pero ha calculado y valorado que debería bastar con eso.

Hacerse prójimo del otro no quiere decir separar al otro y su necesidad del conjunto de la realidad, sino afrontar su miseria y hacerse cargo de ella con una atención global a él, a sí mismo, a los demás, a nuestras posibilidades y a nuestros límites.

Un ejemplo de esta racionalidad ordenada y eficaz de la compasión cristiana es para nosotros el capítulo 36 de la Regla de san Benito, que trata precisamente del cuidado de los enfermos:

“Ante todo y por encima de todo lo demás, ha de cuidarse de los enfermos, de tal manera que se les sirva como a Cristo en persona, porque él mismo dijo: «Estuve enfermo, y me visitasteis»; y: «Lo que hicisteis a uno de estos pequeños, a mí me lo hicisteis». Pero piensen también los enfermos, por su parte, que se les sirve así en honor a Dios, y no sean impertinentes por sus exigencias caprichosas con los hermanos que les asisten. Aunque también a éstos deben soportarles con paciencia, porque con ellos se consigue un premio mayor. Por eso ha de tener el abad suma atención, para que no padezcan negligencia alguna.

Se destinará un lugar especial para los hermanos enfermos, y un enfermero temeroso de Dios, diligente y solícito. Cuantas veces sea necesario, se les concederá la posibilidad de bañarse; pero a los que están sanos, y particularmente a los jóvenes, se les permitirá más raramente. Asimismo, los enfermos muy débiles podrán tomar carne, para que se repongan; pero, cuando ya hayan convalecido, todos deben abstenerse de comer carne, como es costumbre.

Ponga el abad sumo empeño en que los enfermos no queden desatendidos por los mayordomos y enfermeros, pues sobre él recae la responsabilidad de toda falta cometida por sus discípulos”.

Misericordia como profecía

Me parece un buen ejemplo de lo que la parábola del Buen Samaritano, y todo el Evangelio, debería enseñarnos y de cómo podremos y deberemos vivirla cada día, y en cada ocasión, de modo que el acontecimiento de Cristo Redentor del hombre pueda penetrar cada vez más en el tejido de nuestra vida y de la sociedad y liberar en nosotros y en el mundo una verdadera humanidad. Pero es también un buen ejemplo de cómo la profecía de la misericordia, del hacerse prójimos de los demás, no debe separarse de la obediencia y de la verdad, como lo sugerís en el tema de vuestro Capítulo.

El profeta no es un loco. Dios puede pedirle gestos y palabras extraños para impulsar al pueblo a tomar conciencia de una actitud equivocada, pero la profecía por sí misma es siempre razonable, porque revela la verdad, la verdad última y total de las cosas. La profecía es expresión de la sabiduría y por esto suscita la obediencia, siguiendo un camino para ir más lejos, más en profundidad, para no perderse o retroceder.

La profecía indica un camino que nos hace progresar hacia la plenitud de la vida. Por esto, la misericordia del buen samaritano es una profecía que Jesús pone ante los ojos del doctor de la Ley para que también él haga un camino hacia la plenitud de la vida: “¡Ve y haz tú también lo mismo!” (Lc 10,37). Un signo verdaderamente profético, un ejemplo de vida profética, no es solo un *ejemplo* de caridad, de misericordia: es un acto de misericordia y de caridad hacia la vida de quien lo ve, porque le muestra el camino de la vida a recorrer y que él podrá seguir verdaderamente si acepta obedecer a este signo profético. Para Jesús, el hombre medio muerto que debe recomenzar a caminar en una vida nueva es el mismo doctor de la Ley que tiene delante, porque él es el prójimo de Jesús.

Jesús se hace prójimo del doctor de la Ley que lo interroga sobre lo que debe hacer para “heredar la vida eterna” (Lc 10,25). Todavía no es libre para amar y por esto intenta justificarse: “Pero aquél, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?»” (10,29). Pero Jesús, viendo que aún está “medio muerto”, que no vive en plenitud, se le hace cercano con su Palabra, se acerca a su libertad, a su deseo de vida, a su corazón sediento de felicidad, y le habla de misericordia, de misericordia para todos y que todos, incluso los infieles samaritanos, pueden ejercer.

La profecía de nuestra vida debería ser precisamente un Evangelio viviente de la misericordia que interpela y reaviva el corazón herido y enfermo de cada hombre, para ayudar a su libertad a hacer un camino de misericordia, un camino de proximidad al hermano en la misericordia. Y esta profecía deberíamos vivirla ante todo en comunidad, ser los unos para los otros profetas de la misericordia de Dios. Esta debería ser la naturaleza y la sustancia de las relaciones comunitarias como las quiere san Benito, porque estamos unidos para pasar juntos de la “media vida” a la vida eterna. Y si esto acontece, la comunidad se convierte en profecía de esta para los demás, para todos.

Y esta es una profecía de resurrección que fundamenta toda esperanza. La misericordia es el secreto de la realización de la vida, para quien la ejerce y para quien la recibe, y este paso de la “media vida” a la plenitud de la vida eterna es una resurrección real, una experiencia de la Resurrección de Cristo, que no solo vence las “medias muertes”, sino la muerte total fruto del pecado.

Es con esta mirada de fe con la que debemos ver en la caridad el fundamento de nuestra esperanza, de la esperanza para todos los “medios vivos” que somos individualmente o como comunidad. Porque Jesús nos es cercano, se cuida de nosotros, nos confía a quien nos puede ayudar en su nombre y paga todo con la Sangre de la Cruz.

Pero no debemos limitarnos a esperar en su Misericordia. Debemos también esperar con certeza que quizá nosotros podemos llegar a ser misericordiosos como el Padre, porque esta es la plenitud de la vida, la vida eterna que Jesús nos permite acoger a través de nuestra miseria que se deja curar y amar por Él para aprender a tener Su mirada sobre las miserias de nuestro prójimo.

Nuestra miseria, nuestra vida, que no es nunca totalmente viva y feliz, es de este modo el instrumento para tener experiencia de la Misericordia de la que tiene sed todo hombre, también, y sobre todo, el que está tan mal que no es capaz ni siquiera de pedir ayuda. El samaritano ha sentido la necesidad del hombre herido dentro de sí, dentro de la herida de su corazón. Esta es justamente la imagen de Cristo que en la Cruz ha experimentado nuestra sed de Misericordia y la ha confiado toda ella al Padre junto con toda su vida.

Dios nos ama como a Sí mismo en el don del Espíritu

En el breve diálogo entre el doctor de la Ley y Jesús que introduce la parábola del buen samaritano el verdadero problema es cómo amar al prójimo como a sí mismo, tal y como lo pide el libro del Levítico (19,18).

Recientemente me preguntaba, leyendo este precepto del Levítico citado en Gálatas 5,14, si también Dios nos ha amado como a sí mismo. Porque es siempre un poco extraña para nosotros la idea de tener que amar como nos amamos a nosotros mismos. Con frecuencia no nos amamos de verdad a nosotros mismos, o nos amamos mal, buscando solo nuestro interés y nuestra gloria, que nos hacen infelices; o nos parece que amarnos a nosotros mismos excluya el amor al otro...

De esta forma, me preguntaba si y cómo Dios se ama a Sí mismo. Y de repente me he dado cuenta que el amor de Sí mismo de Dios es el Espíritu Santo. En la Trinidad, Dios se ama a Sí mismo en el amor del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, que es el Espíritu Santo. En Dios, amarse a Sí mismo, coincide con el amor del Otro, y también el Amor con el que Dios se ama es un Otro, es la tercera Persona de la Trinidad.

Entonces me he dado cuenta de que también Jesús, cuando nos pide amar al prójimo como a nosotros mismos, nos lo pide siguiendo el modelo del Amor de Sí de Dios que es el Espíritu, y que el Don del Espíritu quiere decir que podemos finalmente amar al prójimo como a nosotros mismos a través de un amor que no se repliega sobre nosotros, porque es el amor mismo de Dios que es el Espíritu. Y el Espíritu es el soplo vital que permite al ser humano estar de verdad vivo, totalmente vivo, gracias a la vida divina. Pentecostés ha consagrado y convertido en algo esencial para la Iglesia esta experiencia a través de todos los carismas y los sacramentos que animan la comunidad cristiana haciéndola signo profético de la Misericordia del Padre que nos ama y engendra en el Hijo muerto y resucitado por nosotros.

En la comunidad estamos llamados precisamente a amarnos como Dios se ama a Sí mismo, a amarnos en el don del Espíritu, en el don de la caridad de Dios. La Virgen María es en esto el modelo original de este amor en el Espíritu acogido en la humildad de nuestra miseria para permitir a Cristo ser el Dios-con-nosotros, el Dios *prójimo* a cada hombre, a cada miseria humana. Cuando tenemos experiencia, en nosotros y entre nosotros, en nuestras comunidades, de que el Espíritu sopla con ternura en nuestra miseria, entonces tenemos la certeza de que la esperanza de vida de la que damos testimonio es invencible y dará fruto a su tiempo, el tiempo de Dios.